

**SUE
HINCENBERGS**

**UN BUEN
PLAN DE
JUBILACIÓN**

Traducción de:
CRISTINA ZUIL



MAEVA | NOIR

Para mis chicos: Andy, Jack, Luke y Walker

1

No necesitas comerte eso

PAM SE LAMIÓ la sal del margarita de los labios y contempló la mesa colocada en su patio trasero, mientras se preguntaba cuál de sus amigos moriría primero. No es que tuviera una premonición, solo era un poco morbosa en ese sentido. Además, ya había visto graduarse a los hijos que tenían tres de las cuatro parejas y había asistido al entierro de todos sus padres, por lo que, en esa etapa de su vida, tenía sentido que el siguiente acontecimiento relevante fuera el funeral de uno de ellos. Desde su punto de vista, cualquiera de los ocho tenía las mismas probabilidades de estirar la pata. Sin embargo, si de ella dependiera, preferiría que fuera André.

Se dio un manotazo en el cuello para matar un mosquito. Otros revoloteaban sobre las velas de citronela de la mesa y las luces titilantes colgadas por el patio, peleándose con los grillos y Van Morrison por acaparar la banda sonora de la cena. En noches húmedas como aquella, Pam y sus amigas habrían estado flotando en su piscina de agua salada, bebiendo cócteles mientras sus maridos se abrían una cerveza en la sauna. Pero se habían visto obligados a vender la casa.

Pam estudió a Hank tras la montaña de restos de hamburguesas y mazorcas de maíz. En la oscuridad, casi le volvió a parecer guapo. El borde de la mesa le tapaba la barriga y las sombras le ocultaban la papada. Buscó algún rastro del hombre

con el que se había casado, pero había desaparecido. A veces lo echaba de menos.

—Ve a por otra ronda, ¿quieres, cariño?

Ya no tenía permiso para llamarla así, por lo que le dedicó una mirada fulminante que él pasó por alto. Pam se levantó del desgastado cojín y sacó de la nevera cuatro cervezas frías, cubiertas de vaho. Hank aceptó la suya y, con un solo movimiento, abrió la chapa y la lanzó hacia sus hortensias. Larry, André y Dave siguieron su ejemplo, por lo que la mujer tomó nota mental de recoger la basura a la mañana siguiente.

Volvió a acercarse a la nevera para recuperar la jarra de los margaritas. Eso era lo único bueno de Hank, que seguía haciendo los mejores margaritas del mundo. Pam metió un par de cubitos de hielo en la copa de cada una de sus amigas, vació la jarra y se dirigió a la cocina apenas iluminada. Notaba la piel pegajosa por la humedad de julio. Abrió el frigorífico y disfrutó de la oleada de aire gélido, antes de estirar la mano hacia la tarta de queso y *mousse* de chocolate de Shalisa y volver al exterior.

—¡Nance! ¡Nance! —Larry interrumpió la conversación de su mujer—. ¿Quién era...?

Solía actuar así: obligaba a Nancy a rebuscar en su memoria detalles que él no se molestaba en recordar, como si su único propósito fuera ser la enciclopedia andante de su marido. Nancy le respondió con el nombre de una de las profesoras de Matemáticas del instituto antes de girarse hacia Marlene. Pam apartó las cosas de la mesa y dejó espacio para el postre.

Dave le sostuvo la mirada a Hank e hizo un gesto con la cabeza hacia los vasos aún congelados. Las gotas de agua se deslizaban sobre un diseño de cartas y dados.

—Bonitos vasos, Hank. Del casino, ¿no? ¿Has robado el *merchandising* del almacén?

El aludido sonrió y negó con la cabeza.

—Nuevo propietario, nuevo logo. Iban a tirarlos, así que me los traje a casa para recordar los viejos tiempos. —Le guiñó un ojo—. Ya sabes que nunca muerdo la mano que me da de comer.

Los cuatro amigos hicieron chocar las cervezas con un tintineo y les dieron un largo sorbo.

Pam frunció el ceño. «Estos hombres...». Cualquiera cosa era una excusa para beber. Brindaban por el casino cuando dos de ellos ni siquiera trabajaban allí. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Un brindis por el banco de Larry o por el servicio de paquetería de André? «De verdad...».

Dave se limpió la boca con el dorso de la mano y centró la atención en la tarta de queso.

—Vaya, tiene una pinta increíble, Pammy.

La luz de las velas hizo que se le iluminara la sonrisa y Pam contuvo el aliento. Se le había olvidado lo guapo que era, la forma en la que se le arrugaba la comisura de los ojos cuando se reía. Había algo diferente en Dave esa noche. No por las pinceladas grises de las sienes en las que acababa de reparar, sino porque casi parecía feliz. Pam le dedicó un rápido vistazo a Marlene. No estarían dale que te pego de nuevo, ¿verdad? Marlene les había dicho a las chicas que ese barco ya había zarpado, igual que les había ocurrido a todas ellas. Pero ¿y si Marlene había cedido y le había dado a su marido otra oportunidad? Dave interrumpió sus pensamientos.

—¿Es de chocolate? —Se lamió los labios.

—Claro que sí —contestó André—. La hemos traído nosotros.

Típico de él, entrometerse para llevarse el mérito.

—La ha hecho Shalisa —replicó Pam.

Le posó una mano en el hombro a Dave mientras le ofrecía un plato, animada al ver a su viejo amigo, pero sorprendida por lo cambiado que estaba. Si es que de verdad había algún cambio. Contempló a Marlene, que se estaba riendo con Nancy. Tal vez

Dave y ella sí que se estuvieran acostando de nuevo. Se lo preguntaría más tarde.

André rechazó su trozo y, cuando Shalisa aceptó el suyo, la miró sobre sus lentes bifocales y dijo desde el otro extremo de la mesa:

—Cari, no necesitas comerte eso.

Pam levantó la cabeza. Oyó que Marlene soltaba un suave resoplido y vio que Nancy se estremecía. Las tres mujeres observaron cómo su amiga aplacaba la oleada silenciosa de rabia. Shalisa le sostuvo la mirada a su marido con la misma expresión que reservaba para las cotillas que solían deambular a su alrededor preguntándole por qué no tenía hijos. Así es como Pam supo, a diferencia de André, que su comentario había empezado algo que no podría terminar bien. Shalisa se enrolló una de sus delgadas trenzas en torno al dedo y fijó los ojos en su marido mientras se comía hasta el último bocado de su trozo de tarta de queso y *mousse* de chocolate.

Mientras los observaba, Pam notó que algo cambiaba en el ambiente nocturno. Al retirar los platos, contempló, sentados a la mesa, a su marido y a sus amigos, a los que conocía desde hacía tres décadas, y se preguntó de nuevo cuál moriría primero. Dos días más tarde, lo descubrió.

2

Marlene tenía razón

FUE HANK QUIEN encontró el cuerpo de Dave.

El lunes por la mañana, Pam estaba de pie ante la fotocopidora de Dutton Realty, hipnotizada por el tenue rayo de luz que se movía de izquierda a derecha. Llevaba diez copias de las noventa que necesitaba su jefe cuando le vibró el móvil.

Hank: No dejes que Marlene o las niñas vuelvan a casa.

¿Por qué tenía que decirle ella a su amiga adónde ir? Lo más probable es que estuviera haciéndole una limpieza de boca a alguien en Stone Bridge Road. Miró la fotocopidora y decidió que tenía tiempo de investigar. Hank tardó cinco pitidos en contestar su llamada.

—Oye, ¿por qué has mencionado a las hijas mayores de Marlene en el mensaje? ¿No sabes que se mudaron...?

—No puedo hablar. Dave ha muerto. No permitas que Marlene vuelva a casa.

—¿Nuestro Dave? —Pam apoyó una mano en la fotocopidora para estabilizarse—. ¿Seguro?

—Oh, sí, seguro. Ve a ver a Marlene. Dile que Dave ha tenido un accidente. No sé si deberías contarle que ha muerto. Haz lo que creas. Pero no dejes que vuelva a casa.

La luz de la fotocopidora recorrió de nuevo el camino de izquierda a derecha.

—¿Qué ha pasado? —Silencio—. ¡Hank! ¡¿Qué ha pasado?!
Hank carraspeó.

—Dave ha tenido un accidente en el garaje. Bueno, en el camino de entrada a su casa. Me tengo que ir. La Policía acaba de llegar. Pero no dejes que Marlene vuelva a casa. ¡Pam!

—Vale —contestó la mujer con voz queda.

La luz volvió a su punto inicial y empezó su recorrido de nuevo.

—Espera. ¿Hank? —Pam desvió la mirada—. ¡Hank! ¿Qué hacías en casa de Dave?

Pero Hank ya había colgado.

SORPRENDIDA POR LA llamada, Pam había olvidado con quién debía tratar cuando había aceptado seguir las instrucciones de su marido sobre mantener lejos a Marlene. Nancy, Shalisa y ella se reunieron en su clínica dental para darle la noticia. En cuanto las palabras salieron de sus labios, la mujer cogió el bolso para dirigirse a casa.

Sus amigas la siguieron por el aparcamiento del dentista, tratando de meterla en la furgoneta de Pam con la promesa de un café y consuelo en la mesa de la cocina de Shalisa. Pero Marlene se deshizo de ellas y abrió la puerta de su destartado Honda. Había dado a luz a tres hijas en menos de tres años (a la más joven en ese mismo camino de entrada porque había retrasado la visita al hospital hasta que Dave volviera de pescar) y había manejado sin un pestañeo la pubertad de las tres hasta que alcanzaron la edad adulta. Nadie iba a relegar a aquella mujer a un rincón (o a la mesa de una cocina) cuando su marido se encontraba muerto en el camino de entrada de su propia casa.

Marlene se dio media vuelta para mirarla mientras su coleta rubia rebotaba de aquí para allá.

—Os agradezco lo que estáis haciendo. De verdad. Pero si quiero ver a mi marido, por mis santos ovarios lo voy a hacer. No intentéis detenerme. ¿Queda claro?

Quedaba claro.

EN LA FURGONETA de Pam se había hecho un silencio inquietante. Pam captó un retazo de los barcos que se mecían en la bahía a su izquierda cuando pasaron junto a las enormes casas históricas de los capitanes, antes de adentrarse en el interior, hacia la parte más humilde de la ciudad. En otro momento, con cuatro mujeres a bordo, apenas habría podido concentrarse en la carretera, pero en este viaje nadie le pasó una bolsa de Fritos, le acercó la pedicura a la cara ni subió el volumen de la música hasta que notara el bajo retumbándole en el culo. Le echó un vistazo a Marlene. La nueva viuda tenía las manos en el regazo y miraba a través de la ventana del acompañante.

—Estoy jodida —dijo Marlene contra el cristal.

Desde el asiento trasero, Shalisa le dio golpecitos en el brazo.

—No, no estás jodida. Saldremos de esta.

—Mi marido ha muerto y solo logro pensar en que sin él no me puedo permitir la casa. —Se giró para mirar por la luna delantera—. Puto Dave.

Desde el asiento trasero, Nancy dijo:

—¿Puto Dave? Putos todos, Marlene.

La aludida siguió mirando al frente.

—Bueno, al menos los imbéciles de vuestros maridos pueden pagar la hipoteca. —Dejó escapar un suspiro—. Sí, estoy jodida.

Pam frunció el ceño. Vale. Sí, pensando en todo lo que había pasado, era evidente que no iba a ser la típica viuda, pero, aun así, esperaba que sintiera algo de pena por su esposo.

Marlene se giró para mirarlas y se apoyó en el reposabrazos.

—Estoy intentando acordarme de la última vez que hablé con él. Anoche vimos *Jeopardy!* cuando volvió a casa de pescar, pero no sé si nos dirigimos una palabra. El sábado por la noche, después de volver caminando desde tu casa —dijo mirando a Pam—, vino a la cocina, me rodeó la cintura con los brazos e intentó acariciarme el cuello con la nariz, como si no hubiera pasado nada. Se lo quité de la cabeza.

Aquello contestaba a la pregunta que Pam no había podido hacerle aún. Dave y Marlene no se habían vuelto a acostar. Entonces, ¿por qué estaba tan contento la noche anterior? Estiró la mano para acariciarle la rodilla a Marlene y, cuando giraron la esquina, se encontraron la tranquila calle del vecindario a rebotar de actividad. Dos coches de bomberos estaban estacionados junto al bordillo y un grupo de curiosos buscaban sombra bajo la hilera de arcos. Mientras Pam pasaba al lado de los dúplex y los bungalós de estilo rancharo con sus diminutos jardines frontales, percibió el coche de Hank entre los vehículos de emergencia. Lo único que evitó que Marlene saltara del coche fue el susurro de Nancy diciéndole:

—No se pueden olvidar las cosas que se ven, Marlene.

Su amiga se desplomó en el asiento, soltó la manilla de la puerta y le dedicó un asentimiento a Pam para que se adelantara y estudiara la situación.

Mientras esta subía por el camino a la casa de Marlene y Dave, Hank se alejó del policía y se acercó a ella. Siempre decía que una ofensiva era la mejor defensa, por lo que Pam aceleró el paso para imitar el ritmo de su marido. A punto estuvo de toparse con él junto al parachoques de la furgoneta del médico forense.

Hank tenía la cara sofocada, cubierta de sudor, así como los ojos rojos. Hacía cinco años, habría abierto los brazos y la habría abrazado, le habría permitido apoyar la mejilla en su pecho, como dos piezas de un puzle que encajaran. Pero en ese momento solo la señaló con el dedo.

—¿Qué no has entendido cuando te he pedido que no vinieras?

—¿Cuándo fue la última vez que obligaste a Marlene Brand a hacer algo? —replicó Pam.

Hank levantó la cabeza. Pestañeó antes de contestar:

—Dave siempre decía que era de armas tomar.

—No hace falta que lo jures.

Pam se dio cuenta de que su marido le cambiaba el sitio para que mirara hacia la calle. No había dejado de desviar los ojos a medida que se aproximaba a la casa. La advertencia de Nancy le retumbaba en los oídos. Quería recordar a Dave con una sonrisa, comiéndose un pedazo de tarta.

—Es una imagen grotesca. ¿Seguro que quieres conocer los detalles?

Pam asintió.

—Vale. A Dave lo ha aplastado la puerta de su garaje.

—¡No! —Pam no pudo evitarlo. Miró hacia atrás y vio la puerta del garaje a medio metro de distancia del suelo. Los servicios de emergencia, vestidos con uniformes de color azul oscuro, estaban apiñados delante, bloqueándole la visión. Creyó percibir, asomando bajo una sábana, un mechón de pelo grisáceo y rubio que destacaba por su palidez sobre un charco oscuro.

—No quieres verlo. —Hank tiró de su brazo para que volviera a centrar los ojos en él—. Creen que Dave empezó a bajar la puerta del garaje, que esta lo golpeó en la cabeza y lo dejó inconsciente. Cayó y la puerta le aterrizó en el cráneo, aplastádoselo.

Su mujer se cubrió la cara con las manos. No podía creérselo.

Durante años, Marlene le había pedido a Dave que pusieran una puerta automática. La suya era pesada, manual y caía de golpe como un tren desbocado. Marlene solía decirle a su marido: «Sería más fácil sacar la basura. Además, quizá podríamos volvernos locos y aparcar el coche dentro como la gente normal.

¿Qué te parece?». Pero Dave no movía ni un dedo y Marlene acababa su diatriba diciendo: «Algún día esa puerta va a matarnos a uno de los dos».

Y eso era justo lo que había ocurrido.

Pam miró a su marido. Era la clase de persona que se fijaba en los detalles hasta que se alineaban formando una pulcra fila, como las letras del Scrabble. Y algunas de esas piezas seguían torcidas.

—¿Lo has visto hoy en el casino?

—Como ya te he dicho alguna vez, trabajamos en áreas distintas. Nunca lo veo por allí.

—¿Por qué se ha quedado en casa un lunes por la mañana?
Hank se pasó un brazo por la frente.

—Pues si te digo la verdad, no tengo ni idea.

—¿Qué hacías aquí?

Hank suspiró. Luego, negó con la cabeza.

—Ahora mismo no puedo, Pam. No puedo. —Encorvó los hombros, se metió las manos en los bolsillos y pasó a su lado para acercarse a la Policía.

—Hank, te he hecho una pregunta. —Pam abrió los brazos.

Mientras observaba cómo su marido se alejaba por el camino de entrada, dos de los agentes lograron subir la puerta del todo. El interior del garaje de Dave no había cambiado ni un ápice desde la última vez que lo había visto: estaba tan lleno de trastos que Marlene no tenía siquiera la esperanza de poder aparcar allí el coche en algún momento.

Le dedicó un último vistazo y se encaminó hacia la furgoneta para contarles las novedades a sus amigas. Se subió a ella de un salto, aliviada por partida doble al sentir el aire fresco sobre su piel quemada y al ver por fin las lágrimas de Marlene en las mejillas. Al fin y al cabo, treinta años de matrimonio seguían siendo treinta años. Además, Dave era el padre de sus hijas. Seguro que con eso se había ganado un poco de su duelo.

Marlene se sonó la nariz.

—¿Puedo verlo?

Pam se estiró sobre el asiento para abrazar a su amiga.

—Ay, Marlene. No creo que quieras. Vayamos a casa de Shalisa y tratemos de averiguar qué hacer ahora.

Con su mejilla en el hombro de Marlene, Pam observó cómo el personal médico levantaba el cuerpo de Dave en una camilla. Nancy y Shalisa se apretujaron hacia delante para apoyar a su amiga lo máximo posible. Marlene le susurró a Pam al oído:

—Cuéntame lo que ha ocurrido.

Su amiga tensó los brazos y le relató que Hank había encontrado a Dave bajo la puerta del garaje. Marlene se puso rígida y dejó de llorar en mitad de un sollozo. Se alejó de Pam y se incorporó en el asiento. Con la cabeza hacia atrás, apartó el pañuelo de la cara y entornó los ojos antes de decir:

—¿Estás de puta coña?

Pam negó con la cabeza.

Marlene desvió la atención de su amiga a la casa. Luego, soltó una carcajada breve y estremecedora. Las otras mujeres intercambiaron una mirada. Marlene se cubrió la cara y Pam temió que empezara a sollozar de manera incontrolable, hasta que la otra mujer por fin posó las manos en el regazo y se recostó contra el reposacabezas. Las chicas se sorprendieron al comprobar que se estaba riendo de manera escandalosa, como si estuviera viendo una comedia de Robin Williams. Cruzaron una nueva mirada de inquietud, inseguras sobre cómo ayudarla, y esperaron a que Marlene poco a poco sofocara la risa. Por fin, respiró hondo, hinchó las mejillas, se inclinó hacia delante para que el aire acondicionado la golpeará directamente en la cara y metió el pañuelo en el borde del sujetador. Un momento después, negó con la cabeza y dijo:

—Vamos. Pero a la mierda el café, quiero un *whisky*.

Pam no sabía si debía estar preocupada o aliviada por el cambio de ánimo de Marlene, pero estaba deseando salir de allí y alejar la furgoneta de aquella calle. El vehículo del médico forense se incorporó a la carretera ante ellas y Pam frenó para permanecer a cierta distancia, maldiciéndose por los tiempos. Estiró la mano para apretar la de Marlene.

Esta fijó la mirada en la furgoneta que se estaba llevando a su marido, alejándolo por última vez del hogar en el que habían criado a sus tres hijas y del patio delantero en el que había posado con ellas el día de la boda de cada una.

Marlene le devolvió el apretón. Luego, miró hacia el camino de entrada, hacia la puerta del garaje que había matado a su marido tras treinta años de matrimonio y dijo:

—Espero que lo último que haya pensado haya sido: «Marlene tenía razón».